

# *Biblioteca-Films*

## En las ruinas de Reims

Núm. 40

50

cénta.



CORINNE  
GRIFFITH  
FRANK  
MAYO



BRABIN, Charles

## BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA 'SUPREMACIA'

REDACCION:  
Irreel, 40, 2.ª, 2.ª

Telefono 3128 - A  
BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA MILITAR

## En las Ruinas de Reims

CSIX 8475, 1923)

La novela de una alma pura. El amor triunfante  
de la codicia

Según la novela de **Elinor Glyn**

GUIA: OLGA BERGER

EXCLUSIVAS: Goldwyn Cosmopolitan Corporation

Rambla de Cataluña, 112 - Barcelona

PRODUCCION FIRST NATIONAL

PERSONAJES

INTERPRETES

Lillie Kingston	Corinne Griffith
Roberto Lindo	Frank Mayo
Sir Charlton Chetwyn	Claude King
Olive Kingston	Meytie Steadman
Gilda Lindo	Maude George
Padre Jerónimo	Spottiswoode Aitken

VERKE : CINE-MUNDIAL : NOVEMBRE 1923

PAG. 664





## En las Ruinas de Reims

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

Mi seguridad me aflige, mi pequeñez me atterra;  
rayo de exceso origina siento en mi frente ardor;  
mis pies de frágil barro se arrastran por la tierra,  
y el alma aspira al vuelo de su divino ser.

JOSE SERRAS

### PRÉAMBULO

Ricardo Kingston, uno de los banqueros neoyorkinos de mayor potencia económica, hubiese casado con una mujer tan hermosa como derrochadora.

De este matrimonio habían nacido Laline, que ahora tenía diez y nueve años y una belleza ideal, y Renaldo, que había muerto durante la guerra, en el bombardeo de Reims.

Habían transcurrido veintitrés años desde que Ricardo Kingston se había casado y veíaase ahora en el borde de la ruina, a causa de la excesiva esplendidez y de la vida fastuosa de su esposa.

Ya había agotado todos sus recursos y ahora se proponía compulsar el último: solicitar un crédito a uno de los bancos más poderosos de Nueva York. Pero cuando con este pensamiento estaba, se le presenta un grupo de acreedores, los más importantes. Después de acomodarse en las poltronas de su despacho, uno, en nombre de todos, toma la palabra:

Señor Kingston, la situación de su casa nos obliga a retirar nuestros créditos y a exigir una rápida y completa liquidación.

—Señores—replica Ricardo Kingston—, sólo les pido un plazo de cuarentiocho horas.

—Antes de veinticuatro, deben estar liquidados nuestros créditos: no admitimos demora.

Kingston quedó profundamente apenado, pues se le presentaba un callejón sin salida.

Volvió a su palacio aquella noche desesperado, y más al ver que en su principesco residencia se celebraba una fiesta que debía costarle muchos miles de dólares sólo por satisfacer un capricho a su esposa que se gozaba en el lujo y la molición a costa de su mucho trabajar.

La fiesta de aquella noche la había organizado la señora Kingston en honor y para festejar al noble inglés Sir Charlton Chetwyn, de quien se decía que poseía una fortuna inmensa. Este noble inglés bailó con Laline, hija de la casa, y quedó prendado de ella y no sin motivo, pues era lindísima.

Al llegar Ricardo Kingston a su morada dirigióse a sus habitaciones; mas vióle su esposa y dirigióse a él, algo malhumorada.

—Ricardo—le reprendió ella—llegas tarde y es sencillamente imperdonable que demuestres tan poca consideración para conmigo.

—Déjame, me aquejan tus fiestas y tus lujos superfluos que me han llevado a la ruina.

Y dicho esto fué directamente a su despacho malhumorado. Laline fué a ver a su padre para rogarle se dejara ver en los salones; pero todo fué inútil. El banquero se encerró en su despacho mientras continuaba la fiesta.

Los acordes de la orquesta y el barullo de la aristocrática orgía, ahogaron el ruido de un disparo.

Cuando de madrugada, terminada la fiesta, entró la señora Kingston en el despacho de su

esposo, quedó horrorizada: el señor Kingston, bañado en sangre, yacía difunto en el suelo. Se había suicidado.

La viuda y la huérfana quedaron en la más espantosa miseria, y a su alrededor se hizo el vacío más descorazonante: todos las dejaron olvidadas al saber que el difunto Kingston no había dejado en este mundo más que deudas.

Pocos días después, hallábase la viuda Kingston cansada de pensar en el medio de salir del atolondro en que la muerte de su esposo había sumido a ella y a su hija, tomó el diario y toparon sus ojos con una noticia que fué para ella un rayo de esperanza. Decía así la gaceta:

*Entre los distinguidos viajeros que regresan a Inglaterra a bordo del «Majestic», en el retorno de su primer viaje, cuántase el hacendado Sir Charlton Chetwyn.*

—Oye, Laline—dijo la viuda a su hija que a su lado estaba sentada, pensativa—. Sir Charlton ha tomado pasaje en el «Majestic»... ¿Qué te parece si aprovechásemos esta coyuntura para ir a rezar sobre la tumba de Renaldo?

Quedó Laline pensativa antes de contestar a su madre, pues le pareció que la idea de ésta obedecía más a viajar en compañía del noble inglés que en ir a rezar sobre la tumba de su hermano. Quiso conocer el pensamiento de su madre y contestó:

—Mamá, hace tiempo que deseo ir a Reims para rendir este piadoso tributo a Renaldo; pero considero que el pasaje en el «Majestic» nos va a costar cuatro veces más que en cualquier otro trasatlántico.



—Pero Sir Charlton Chetwyn nos puede ser de mucha utilidad.

Dijo estas últimas palabras la viuda Kingston con una sonrisa maliciosa, cuya significación no se le escapó a Laline. Esta, sin contestar, inclinó la cabeza.

—En la situación apurada en que nos hallamos—prosiguió la madre, Sir Charlton puede ser nuestra Providencia.

No se le escapó a la penetración de Laline, por aquellas veladas palabras de su madre, que exigía de ella el sacrificio de su voluntad y ofreciese como víctima, sin dejarle comprender que había penetrado su intención, y contestó:

—Como quieras, mamá. Tú mandas.

—Además, hija mía, no podemos quedar más tiempo en Nueva York. Aquí todos nos señalan con el dedo.

—Buena; no hablemos más, puedes tomar pasaje en el «Majestic».

—Hoy mismo voy a vender todos nuestros muebles y algunas joyas.

Cinco días después, la viuda Kingston y su bellísima hija Laline salían de Nueva York a bordo del «Majestic» con rumbo a Inglaterra.

## I

No había terminado la primera singladura y ya se había dado buena maña la viuda de Kingston para topar con Sir Charlton Chetwyn.

Madre e hija estaban sentadas en el puente cuando el noble inglés las reconoció.

—¿Ustedes a bordo?... ¡Qué felicidad!... ¿Cómo están ustedes?—saludó muy expansivo.

—¡Qué feliz coincidencia, Sir Charlton!—mintió la viuda—. ¡Celebro de veras haberle hallado!... ¡Ya no estamos solos!

—¡Laline, está usted más hermosa que nunca!...

—Gracias, Sir Charlton... ¡Y usted tan adalador como siempre!

Sería injuriarme pensar así, señorita Laline... ¿Van ustedes a Londres?

—No, no, a Francia... a Reims. Allí tengo un hijo enterrado... Murió en el bombardeo de Reims, ciudad mártir.

—Eso no impedirá que ustedes pasen unos días en mis propiedades... Me encantará que visiten el castillo y la Abadía de Chetwyn... Además, mi hermana Berta tendrá una verdadera satisfacción en conocer a ustedes.

—Y nosotros un verdadero placer en corresponder a tan galante invitación—contestó la viuda Kingston.

—Pero, mamá, ¿no querías antes visitar la tumba de mi hermano en los campos de Reims?

—Sí, sí; pero antes de ir a Reims...

—Señorita Laline, supongo no le molesta a usted mi invitación.

—De ningún modo, Sir Charlton... No tome usted a mal la observación que he hecho a mamá... Es que tengo tantos deseos de rendir este último tributo a mi buen hermano Renaldo...

—Todo se andará... Ahora tocan para el té... Si ustedes me permiten los acompañaré.

—Con mucho gusto, Sir Charlton.

Ya había logrado la viuda Kingston su pro-



pósito: ponerse en relación con el potentado inglés a cuyas costas se proponía vivir. Estaban invitadas para pasar unos días en sus propiedades y ¿quién sabe?, su hija era bella y él soltero... Además, no ignoraba la viuda Kingston la admiración que Sir Charlton sentía por Laline. Su plan iba viento en popa como el magnífico trasatlántico que a una velocidad de veintidós millas por hora las condujera a Europa.

## II

La antigua Abadía, señorial residencia de los Chetwyn, alberga reglamente desde hace tres semanas a la viuda y a la huérfana de Ricardo Kingston.

La primera pasa buena parte de la tarde jugando a los naipes en compañía de la tía del señor Chetwyn y de una señora visita de la casa, Lady Bassett.

Las tres están sentadas alrededor de una mesita forrada con un tapete verde. La viuda Kingston está barajando y propone:

—Desde la próxima jugada la puesta deberá ser de cinco chelines, ¿no les parece a ustedes?

—Pero, señora Kingston, ¿cómo propone usted esto, sabiendo que Sir Charlton nos autorizó para un juego más moderado?

—Querida Lady Bassett, Sir Charlton es muy tímido y además no está presente... El juego excesivamente moderado me ha aburrido siempre!

Jugaron y la viuda Kingston perdió. La pasión del juego y el prurito de resarcirse de las

pérdidas sufridas, hacían que prosiguiera el juego; mas cada vez se hundía más. Al terminar la sesión de aquella tarde la señora Kingston había perdido más de lo que poseía. Se hizo el recuento de lo que debía.

—Debe usted ochocientas libras a Lady Bassett, señora Kingston—le hizo observar la tía del señor Chetwyn.

La viuda Kingston sacó un talonario de cheques y firmó uno de ochocientas libras esterlinas.

—Aquí tiene usted, Lady Bassett... Y ahora permítanme que me retire.

Salió la viuda y quedaron las otras dos señoras murmurando de la huésped de los Chetwyn.

Durante la escena anterior, Laline—que no sentía las aficiones viciosas de su madre—había salido de paseo con Sir Charlton Chetwyn y, en su compañía, gozaba el encanto de los bosques centenarios que rodean el castillo.

—¡Qué paz tan deliciosa, la de estos bosques de Inglaterra!—decía la joven.

—Laline, deseaba que llegara usted a encariñarse con estos sitios... porque mi anhelo es que viva usted aquí, conmigo, algún día...

Laline inclinó la cabeza, sin contestar. Aquella declaración tan a quemar-ropa la molestó. No sentía ella ni simpatía por aquel hombre que tan de sopetón se le declaraba.

—¿Le han molestado mis palabras, Laline?

—Sir Charlton, nunca me ha inspirado usted esa clase de afecto.

—Ya procuraré inspirárselo... Quisiera ocupar el primer lugar en su corazón... No tengo



prisa... Puedo esperar un día, un mes, un año...

—Yo le agradezco su preferencia. Pero permítame pensarlo hasta esta noche, antes de darle una contestación.

—Como quiera, Laline; ya le he dicho que no tengo prisa. Pero he querido expresarle los anhelos de mi corazón para no hacerme traición a mí mismo y para ponerla a usted sobre aviso sobre la clase de afecto que le tengo.

—Repítale las gracias por su sinceridad y ¡hasta esta noche!

Durante el resto del día Laline evitó hablar con Sir Charlton. Después de cenar habló con su madre sobre este asunto.

—Me alegro que el señor Chetwyn se haya enamorado de ti...

—Pues yo lo deploro.

—No sabes lo que dices, hija mía. Hoy día nos hallamos en la más completa miseria. Figúrate que esta tarde Lady Bassett me ha ganado la miseria de ochocientas libras y no se las he podido pagar.

—¿Y cómo lo has hecho?

—Pues firmándola un cheque contra el Brown Bank de Nueva York...

—Pero si ya no tienes ni un dólar... ¿No sabes que saldamos la cuenta antes de salir?

—Lo sé; pero de algún modo tenía que salir del apuro.

—Yo creo, mamá, que más hubiera valido decir que no tenías dinero.

—¿Qué barbaridad!... ¿Y quedar en ridículo?

—Sí; pero ahora...

—Ahora tú te casas con Sir Charlton y todo

se arreglará... Por de pronto, esta noche le das una respuesta afirmativa.

—Pero, mamá...

—No admito réplicas...

—¿No le amo!

—Tampoco yo amaba a tu padre y me casé con él...

—Por eso no has sido feliz...

—Según lo que tú entiendas por felicidad...

—Mamá, tú nunca has hallado la dicha en el hogar; por eso la has buscado en las fiestas mundanas y en los placeres que nos llevaron a la ruina y a la desesperación de papá... ¿Si tú crees que eso es la felicidad!...

—No admito que critiques mis acciones, Laline. Tú debes obedecer a tu madre.

—Bien está.

Mientras la viuda Kingston se acostaba, su hija fué a ver a Sir Charlton que se hallaba en el fumador.

—Buenas noches, Laline... ¡Tanto tiempo sin verla!... Ya empezaba a entristecerme.

—Efectivamente, no nos habíamos visto desde las cinco de la tarde de hoy.

—Ni un minuto he dejado de pensar en usted desde esa hora. Esperaba esta visita como el reo en capilla. En sus manos, Laline, tiene mi felicidad o mi desdicha, pues supongo que viene usted para comunicarme su respuesta.

—Sir Charlton, sintiendo darle un pesar, debió manifestarle que he resuelto contestarle que... no.

—Supongo que usted no lo ha pensado bien, Laline... y me permito insistir en que la amo a usted de un modo tan sincero que no ha de

tardar en comprenderme. Ya sólo aspiro por hacerla feliz.

—Estoy convencida de sus sentimientos y de su simpatía y yo le correspondo con una amistad sincera.

—Me dice usted estas palabras con un tono tal de tristeza que me llegan al alma.

—Es que hoy tengo motivos para estar triste.

—Se aburre usted en nuestra residencia.

—No, no, Sir Charlton. Y para probarle a usted mi amistad quiero decirle la verdadera causa de mi tristeza.

—Si puedo hacer algo para disipar su pena lo haré gustoso. Va lo escucho.

—Debe usted saber que mi madre dió a Lady Basset un cheque de ochocientas libras para pagar una deuda de juego y pasaremos por la vergüenza de no poder atenderlo.

—¿Contra qué banco?

—Contra el Brown Bank de Nueva York.

—Ha hecho usted bien en advertirme, Laline; pues debemos evitar que Lady Basset presente el cheque al cobro.

—¡Sería horrible!

—El único medio es que yo les adelante esa cantidad.

—De ninguna manera puedo consentirlo.

—Es preciso que acepte usted, Laline. La deuda se contrajo en mi casa y deber mío es evitarles toda inquietud.

—Gracias, Sir Charlton, mi madre se lo agradecerá.

—Siento que sólo ella me lo agradezca.

Al finalizar la semana los periódicos de gran circulación de Londres publicaban en las notas de sociedad esta noticia: *Se anuncia la boda de la encantadora Miss Laline Kingston con Sir Charlton Chetwyn.*

Dos días después Sir Charlton es llamado a Londres por el Secretario de Relaciones Exteriores, y encargado, por iniciativa de S. M., de una misión secreta en Egipto. Al comunicarle esta orden el Secretario añadió:

Deploro mucho que esto suceda precisamente en los días en que usted acaba de hacer pública la noticia de su matrimonio; pero es indispensable su presencia en Egipto.

—Si pudiese aplazar sólo un mes mi viaje, podría irme tranquilo.

—Inútil es advertirle, Sir Charlton, que la indicación de su nombramiento fué iniciativa de S. M.

—Quedo sumamente agradecido a tal honor. Y así lo he de manifestar al Rey.

Sir Charlton Chetwyn determinó embarcarse en Marsella para Egipto y de paso acompañó hasta París a la señora Kingston y a su futura.

En aquella noche las acompañó a la Gran Opera donde se debía estrenar una ópera.

Ocuparon los tres un palco. Al final del primer acto Laline miraba con sus gemelos a la primera triple.

—¡Es muy simpática!—observó la joven—Mira qué ángel tiene, Sir Charlton.





— ¡Es muy simpático! — observó la joven

Al propio tiempo alargaba los gemelos a su futuro, quien, después de mirar con ellos a la artista, hizo un movimiento de asombro, inadvertido para Laline, y su faz se iluminó pasando del color pálido—el suyo habitual—al más subido de la guinda.

La tiple, con lamentos de desesperación, poniendo en su acento una amargura infinita, cantaba:

*Tu amor?... Amor?... nel Ponte m'abandoni?... ¿Tú me amas?... ¿Me amar?... ¿Y me abandonas en la deshonra?*

St. Charlton se estremeció. Un sudor frío corría por su frente. Aquel reproche de la diva penetró como dardo ardiente en su corazón.

Bajó el telón después del segundo acto. Allí resonaban los aplausos y la primera tiple saludaba desde el proscenio.

—Es una artista admirable, ¿verdad, Charlton?—observó Laline.

—Sí... realmente es admirable—contestó aquél turbado.

—¿Cómo se llama?—inquirió Laline.

—No sé... no sé...

—Es la Linda—contestó la vinda Kingston—, Gilda Lindo.

—Es poco conocida—indicó la joven indiferente— ¿No es verdad, Charlton?

No, no es conocida—respondió éste algo turbado. Y mudando de tono prosiguió:—Las dejo. No puedo darme el gusto de seguir acompañándolas... El expreso no tiene espera y debo partir hoy sin falta... ¡Adiós, Laline!... Supongo que estaré de vuelta dentro de tres meses y entonces procederemos a los preparativos de nuestra boda...

—¡Buen viaje, Charlton!—dijo sencillamente Laline.

—Señora Kingston... ¡hasta a la vuelta!

—¡No prolongue demasiado su estancia en Egipto!

—El tiempo más indispensable para cumplir mi misión.

Salió Charlton del palco.

—Mamá—preguntó Laline—, ¿No te ha parecido que Charlton estaba algo turbado?

—Claro, la emoción de deparar... ¿No ves que te quiere tanto?

—¡Ay... No sé... ¡Se ha despedido de nosotros de un modo tan rápido!... Podía haber esperado la terminación de la representación. Tiempo le sobraba para alcanzar el expreso de Marsella.

—¡No seas aprensiva!

—¿Quieres salir un momento al pasillo, mamá?

—No, no; sal tú.

Laline salió al pasillo.

Momentos después de terminado el segundo acto, un ordenanza entró en uno de los palcos de proscenio y entregó una carta a un joven que con más entusiasmo había aplaudido a la primera tiple.

—De parte de su señora madre—dijo el ordenanza.

El joven rasgó el sobre y leyó: *Hijo mío, ven, quiero recibir de tus labios el mejor aplauso. Te adora tu madre, Gilda.*

—Permítanme—se excusó el joven, dirigiéndose a los demás ocupantes del palco—, voy al camerino de mi madre.

Salió con precipitación y al pasar junto a

Laline, que estaba parada en la puerta de su palco, tropezó con ella y le hizo caer el abanico.

—¡Perdón, señorita!—se excusó el joven agachándose para recogerlo—. La señorita juraré, sin duda, que soy un torpe.

Y mientras esto decía el caballero retorcía entre sus manos el precioso abanico de plumas. Laline, riendo, contestó sencillamente:

—Sí, señor.

—¿De modo que usted me tilda de torpe?

—Usted lo ha dicho.

—Tome—y le alargó el abanico.

—¡Oh!—exclamó Laline abriendo desmesuradamente los ojos.

El caballero le devolvía el abanico todo rasgado.

—¡Cuánto lo siento, señorita!... Le ruego que me permita hacerlo arreglar.

—Si usted se empeña...

Laline dijo estas últimas palabras con una deliciosa sonrisa complaciente.

—¿Dónde debo enviárselo?

—Puede usted hacer que lo lleven al Ritz.

—Pero ¿con quién tengo el honor de hablar? No me ha dicho usted su nombre.

—Me llamo Laline Kingston.

—¿Kingston?... ¿Ha dicho usted Kingston?

—Kingston, sí, señor.

—¿Tuvo usted un hermano en la Gran Guerra?

—Mi hermano Renaldo, que murió en Reims.

—¡Pobre Renaldo!... Señorita, su hermano fué mi compañero de armas... Yo soy Roberto Lindo... ¿No recuerda usted este nombre?





— ¡Ojalá! — le alargó el abanico.

— Fue usted quien nos mandó el diario de campaña de Renaldo... ¿Es usted escultor, según vimos en su tarjeta?

— En efecto, cumplí con ese penoso deber... El mismo, antes de morir, me entregó ese diario con la dirección de su padre de usted...

— Papé murió... Y hemos venido con mi mamá a visitar la tumba donde reposa mi hermano... Está enterrado en Reims.

— Lo sé, señorita... Yo asistí a su sepelio.

Aquel encuentro providencial del compañero de armas de Renaldo con la linda hermana del héroe muerto defendiendo la bandera, despertó en los corazones de ambos un sentimiento que era algo más que de simpatía. Cupido había utilizado, a guisa de flechas, las varillas de un abanico.

— Yo mismo le devolveré este abanico — prometió Roberto apartando la conversación de aquellos tristes recuerdos.

— No se moleste — contestó Laline —, ya iremos con mamá a saludar a usted.

— Señorita Laline, no puedo ofrecerle mi domicilio; porque estoy en el Hotel *Les Deux Mondes* con mi madre... Ya sabe, las artistas...

— ¿Es la madre de usted la diva que canta esta noche?

— Sí, sí; es mi madre...

— ¡Le felicito!... ¡Es una gran artista!

— Muchas gracias, Laline... Aunque no le pueda ofrecer mi casa, le ofrezco mi estudio. Aquí tiene usted mi tarjeta... ¿Disponga de un amigo?

— Y usted de una servidora.

— Beso a usted la mano, señorita Laline.

Fuéronse él al camerino de su madre, ella al

palco con la suya, y ambos con el corazón ardiendo en el mismo anhelo.

Cuando, terminado el segundo acto, Sir Charlton Chatwyn, saliera del palco, dirigióse al camerino de la tipic Gilda Lindo. Mandó a un ordenanza entregándole su tarjeta:

—Lleve usted esta tarjeta a la diva.

Al poco rato Sir Charlton fué admitido en el camerino de Gilda Lindo.

—¿Vienes a renovar mi pena, Charlton?

—Esperaba que los años habrían mitigado tu resentimiento contra mí, Gilda.

—El tiempo ha servido sólo para enconar la herida que me causó tu injusticia.

—¿Es que no has querido comprender mi situación?

—Conservo en mi poder la carta que te escribió tu hermano antes de abandonarme y de abandonar a mi hijo, que era el tuyo.

—No sé a qué carta te refieres.

—Te la voy a devolver para que te vayas.

Gilda sacó de su secreter una carta y se la entregó. Decía así:

*Mi querido hermano Charlton: Han muerto nuestro tío y su hijo en el combate de Spion Kop. Como tú heredas ahora el título, espero te divorciarás de la artista con quien estás casado, a la que nunca recibirían bien en Inglaterra.*

—Ese fué el verdadero motivo de tu abandono... ¡Vete! Roberto llegará de un momento a otro y no es prudente que le veas. El cree que su padre murió hace tiempo.

En el momento en que Sir Charlton abría la

puerta para retirarse, fijóse en el retrato de un joven, pendido a la pared.

—¿Es este nuestro hijo, Gilda?—preguntó Charlton.

—Sí, ese es el hijo que abandonaste.

En aquel instante apareció Roberto en el umbral de la puerta.

Padre e hijo se miraron fijamente. Charlton estuvo a punto de lanzarse al cuello de su hijo, pero se retuvo en gracia a la observación hecha por Gilda y se retiró.

—¿Quién es ese caballero, mamá?

—Es un señor que conocí hace años, hijo mío.

—Me ha mirado de un modo...

—Te lo ha parecido... Pero ¿cómo estás tan encendido?

—Oye, mamá. ¿Crees tú posible que pueda uno enamorarse la primera vez de ver a una mujer?

—Hijo mío, pasó el tiempo en que creí que sí; pero hoy ya no lo creo tan fácil. Sin embargo, mucho depende de quien sea ella y quien él... Pero ¿qué llevas en la mano?

—Un abanico... es decir, el esqueleto de un abanico... el cual ha sido la chispa que ha ocasionado un incendio en mi alma, incendio que se refleja en mis mejillas como ya has notado.

Roberto contó a su madre el encuentro ocasional que había tenido con la hermana de un compañero suyo de armas, alabando su herencia de un modo exagerado. Que siempre el amor prestó colores a la fantasía para pintar con vivos destellos a la persona amada.



## IV

Un abanico despierta la ilusión, que convertida en amor, halla, en la circunstancia de ser Roberto escultor, un buen pretexto para frecuentes entrevistas.

Roberto devolvió el abanico arreglado al Hotel Ritz, donde conoció a la madre de Laline, quien—no obstante recibirle con muestras de gran simpatía—no vió con mucho agrado su visita, pues comprendió que su hija estaba enamorada de él, y era conveniente para sus planes, que su hija se casara con Sir Charlton Chelwyn.

A la visita de Roberto correspondió Laline, devolviéndosela en su estudio, sin dar conocimiento de ello a su madre. Las visitas se repitieron y Cupido iba tejiendo la red de oro que tan fuertemente iba a unir a aquellos dos corazones.

Roberto propuso a Laline modelar su busto, y ella aceptó gustosa, posando ante el artista durante varias sesiones. Laline fué surgiendo con todas sus perfecciones entre los dedos del artista, mientras los corazones de ambos se modelaban en un amor purísimo, sin mezcla de egoísmos.

—¡Qué bien queda, Roberto!

Aun está usted más perfecta en mi alma, Laline.

—¿Querrá creer, Roberto, que desde el primer momento que le vi a usted le tengo grabado en mi espíritu?

—Lo creo. Aunque su boca no me lo dijera, me lo están diciendo sus ojos, esos ojos que



Roberto propone a Laline modelar su busto, y ella acepta gustosa, posando ante el artista...

reflejan mi imagen con destellos que parecen salir del alma. Ha bastado un instante para que nuestros corazones se entendieran: ha bastado sólo vernos para amarnos; porque usted, Laline, me ama. Lo sé en su mirada desde que abrió la boca para dirigirme la palabra por primera vez, ¿no es verdad, Laline?

—No, Roberto... yo no puedo engañar a usted.

Y aunque quisiera, no me engañaría... Sus pupilas son más elocuentes que sus palabras... Usted me ama...

Laline estaba sentada, dispuesta para la batalla, sobre un taburete algo elevado y apoyaba sus pies en un escanuelo. Roberto se sentó en éste, cogió con su mano izquierda las manos de ella y rodeó su busto con el brazo derecho.

—Tus labios mienten a tus pupilas claras, reflejo de tu alma, y ellas me dicen que me amas—dijo apasionadamente Roberto intentando por primera vez.

¡Roberto, por Dios!... Quizás haya hecho mal en venir sola...

—Laline, debo decirte, es un imperativo de mi alma: ¡te amo!

Laline estaba subyugada. Ella también amaba a Roberto con toda su alma; pero había dado su palabra a Sir Charlton Chetwyn y—aunque no le amaba—no quería manifestar a Roberto el ímpetu de su amoroso anhelo. ¡Oh, capricho del destino!... Charlton Chetwyn era el padre de Roberto Lindo, sin saberlo éste, y Laline por una misteriosa ley psicológica aborrecía al padre y amaba al hijo abandonado por aquél. Poco le importaban a ella los millones y el título nobiliario de su prometido, su



—Sus pupilas son más elocuentes que sus palabras... Usted me ama.



corazón era atraído por el del joven Roberto con fuerza irresistible, y si bien su boca no pronunció la palabra que Roberto anhelaba, sus labios, en un lenguaje mudo, pero elocuente, se juntaron amorosos a los de Roberto, en un momento de éxtasis apasionado.

Así terminó aquel día la sesión entre el escultor y su modelo.

Llegó Laline al Hotel turbadísima y preocupada. Su madre leyó en su semblante el motivo de su preocupación y sermonizó a su hija sobre la conveniencia de aquel casamiento con Sir Charlton que les iba a enriquecer. Laline no objetó nada a su madre. Su silencio era la prueba más palmaria de que sus palabras resbalaban en su alma sin convencerla: amaba a Roberto y no hay fuerza humana que a la fuerza del amor resista, cuando este amor es la chispa divina encendida por el Supremo Hacedor en el alma de la criatura.

Al día siguiente dispensase Laline, obedeciendo a los impulsos de su corazón, a volver al estudio del escultor, cuando recibió esta carta: *Mi amada Laline: Por fin he llegado a Egipto, donde viviré pensando sólo en la hora de mi regreso, y en el feliz momento en que podré ser tu esposo. — Charlton.*

Aquella carta era la voz del deber. Sacrificándose por su madre había aceptado aquel casamiento y creyó ella que no debía oponerse a él. Debía enterrar en su propio corazón el inmenso amor que Roberto había despertado en su ser.

— Mamá— dijo a su madre—, comprendo que debemos salir inmediatamente para Reims.

— Ayer te oponías a ello.

— Hoy comprendo que debemos partir.

Cuatro horas después madre e hija partían en dirección a Reims.

A la hora en que Laline solía visitar al escultor en su estudio, éste y su madre Oilda Lando están esperándola.

— Mamá, te he pedido que vinieras hoy para presentártela. ¡Laline es la joven más encantadora que hay en el mundo!

— Supongo que habrás poetizado un tanto sus facciones con tu arte; pues no creo que este busto pueda ser ella.

— Es ella misma; pero muy imperfecta. Sólo he podido poner la forma externa de su rostro; pero falta su alma, la expresión de sus ojos divinos... Te digo, mamá, que es una belleza ideal.

— ¡Ja, ja, ja!... Estás loco por esa muchacha, y en tu mente la poetizas con ideales colores... ¿Quién sabe lo que será en la realidad?

— Va la verás. No ha de tardar.

Oyóse el timbre.

— Va está aquí— dijo Roberto arreglándose la chalina y atusándose el pelo.

Fué a abrir. Traía un botones del Ritz que le traía una carta.

Abrióla nervioso y leyó:

*Amor mío: Permíteme que por última vez te llame así... Perdóname... no tenía derecho a aceptar tu corazón. Mamá y yo saldremos dentro de un momento para Reims, en donde estaremos cuando tú leas esta carta. ¡Adiós!... Olvida a quien te llevará siempre en su corazón como amuleto santo.*

Laline.



Cuando Roberto terminó de leer esta carta tenía sus ojos arrasados en lágrimas. Alargó la carta a su madre sin pronunciar una sola palabra y cayó en un sillón anonadado. Enterada la madre del contenido de la misiva, díjole:

— ¡Adivino cuanto sufres, hijo mío; porque yo también en mi juventud, me vi sometida a una prueba igual.

— Mamá, te lo suplico... ¡déjame solo!

— ¡Pobre hijo mío!

Horas después, Roberto Lindo salía de París en un magnífico Hispano que guiaba él mismo, en dirección a Reims, la ciudad heroica. Tan veloz iba que más que en automóvil, parecía correr en alas de su amor.

La viuda Kingston se había acostado. En la misma habitación Laline leía el «Diario de campañas» de su difunto hermano:

...el espectáculo más deprimente y desgarrador es el que ofrecen las ruinas de la catedral. Estuve en ella de noche... Cuando me prosterné ante la imagen Santa, respetada por los vasaes—que parece el símbolo de la paz universal con los brazos abiertos como queriendo unir a todos los hombres como hermanos—le pedí que me diera ánimo; mas un pensamiento me obsesionó: mi hora está cercana...

Laline quedó pensativa... Revolvíase en su mente la idea de visitar de noche las ruinas de la catedral.

Acercóse a su madre y vio que dormía profundamente. Sin ruido salió de la habitación. Bajó hasta el bureau de registro de viajeros y preguntó al empleado:

—Para ir hasta la catedral, ¿qué camino debo tomar?

—Al salir del Hotel diríjase a su derecha hasta encontrar una plaza, ya verá usted allí las gigantescas ruinas.

—Muchas gracias.

Salió Laline y poco después hallábase frente a lo que había sido soberbia catedral, hoy montón de escombros. Quedan en pie dos de las paredes laterales completamente desmanteladas. De ellas cuelgan dos farolillos que extienden entre las ruinas una luz mortecina que da a aquel lugar el aspecto de un cementerio.

Al entrar la joven en aquel recinto sagrado, sobrecogióse su corazón de tristeza. ¡Qué horrible espectáculo!... Con la opalina luz del astro de la noche pudo ver que ya no existían ni altares ni imágenes... En medio de aquellas ruinas, ázase intacta la efigie del Divino Crucificado con los brazos bien abiertos; brazos de paz que parecen llamar a los humanos a la unión y a la concordia en un abrazo universal... ¡Brazos de perdón que parecen ofrecerlo a los que tal hicieron y otorgarlo a las víctimas enterradas bajo los escombros!

Paróse Laline en mitad de la derruida nave, sobrecogida de pavor por el cúmulo de tantas desgracias y pensó en su pobre hermano que se había prosternado también en hora parecida ante aquella imagen que vivificaba aquellas ruinas. Avanzó con peso lento, flectó sus rodillas ante el Dueño del mundo y rezó por su hermano y ofreció a Cristo, en el ara de su propio corazón, su primer amor sacrificado para obedecer a su madre.

De sus ojos manaron dos fuentes, símbolo de



dos pesares: su hermano perdido y su amor sacrificado.

Laline oyó pasar tras sí; pero embebida en sus místicos pensamientos no paró mientes en ellos.

De pronto vió a una persona a su lado.

—¡Oh!... ¿Tú?... ¿Roberto?—Y levantóse asustada creyendo ser víctima de una alucinación.

—No te espantes, Laline; soy yo, sí, Roberto... No pude menos de seguirte, alma mía... ¡Te amo, Laline, y no me resigo a vivir sin ti!

—¡Roberto, yo también te amo; por eso huf de tu lado!

—Al fin del mundo te seguiré, Laline. Aquí, ante este Cristo y a esta hora tan solemne te prometo amarte siempre.

—No, no; imposible Roberto... ¡No puedo ser tuya!

—Tus ojos me afirman lo que tu boca me niega. Es en vano que te reveles contra tu propio corazón.

—Tienes razón, Roberto mío. Mi corazón tiende hacia ti que eres como su elemento y vida; pero las circunstancias fatales de la mía, me separan de ti martirizando mi existencia... Por eso vine a pedirle a Dios que me dé fuerzas para renunciar a tu amor.

—¡Imposible!

—Anda, atrodíllate a mi lado y pidamos valor a Dios para renunciar a nuestra dicha.

Cayeron ambos de hitos uno al lado del otro. Roberto inclinóse y derramó unas lágrimas sobre la fría: fué su tributo de tristeza al amor perdido. Laline, con los ojos hú-

medos puestos en el Divino Crucificado, quiso que sus labios se movieran a impulsos de su mente; mas se impuso el corazón y dijo con voz perceptible para Roberto:

—¡Le amo, Señor, le amo!

Salieron silenciosos del templo en ruinas y Roberto acompañóla hasta a la puerta del Hotel. Fué entonces que Laline supo cómo Roberto había llegado a Reims en auto y como se enteró en el *bureau* del Hotel que ella estaba en la catedral.

Despidiéronse y quedaron entendidos para ir al día siguiente a visitar la tumba del hermano de ella y las trincheras alemanas en las afueras de Reims.

## V

En el *bureau* del Hotel, a las ocho de la mañana del día siguiente, Laline pide explicaciones al empleado del registro:

—Cualquiera le indicará el camino, señorita. En el camposanto hallará usted al Padre Jerónimo, un hombre de Dios. El le indicará la sepultura de su hermano. Y si usted quiere visitar las trincheras alemanas, también él la acompañará...

—Muchas gracias, señor.

—Le he hecho preparar el almuerzo para tres—dijo el empleado sonriendo, al mismo tiempo que le alargaba una cesta—pues supongo que también la acompañará el joven que llegó ayer noche en auto.

—Mi mamá no puede venir, pues se halla algo indispueta.

—Por eso he puesto sólo tres almuerzos: el

de usted, el del Padre Jerónimo y... el del otro.

—Muchas gracias—dijo Laline tomando el cesto. Y salió.

En la misma puerta esperaba Roberto, quien cogió el cesto de manos de Laline.

Dirigiéronse a las afueras de Reims, y allí, ocupando una extensión inmensa, donde flameaban varias banderas americanas, se veía un campo de cruces de madera pintadas de negro con inscripciones en blanco. Al ver a los visitantes acercóse a ellos el guardián de aquella necrópolis. Era el Padre Jerónimo un venerable sacerdote que se había distinguido durante la Gran Guerra por su celo como ambulante de la Cruz Roja. Había recorrido aquellos campos, convertido en campos de dolor, recogiendo heridos y dando sepultura a los que sacumbían víctimas de la metralla enemiga. Todos los emolumentos que ganaba como guía, los distribuía entre los pobres de Reims, sus amigos.

El Padre Jerónimo acompañó a los visitantes hasta una cruz que llevaba esta inscripción:

25-157

RENALDO KINGSTON

1918

R. I. P.

—¡Kingston!—pronunció el Padre Jerónimo con ténico acento señalando la cruz—. ¡Aquí está su hermano, señorita!

—Descansa en paz, hermano mío!

Cayó de hinojos, y de su pecho salió un suspiro, de sus labios una plegaria y de sus ojos dos lágrimas que rodaron por sus mejillas y cayeron en aquella tierra regada por la sangre de los defensores de la Libertad y del Derecho.

Roberto, con las pupilas humedecidas, flectó también las rodillas y elevó al Cielo sus preces por el eterno descanso del compañero.

Largo rato permanecieron ambos arrodillados ante la tumba de Renaldo Kingston, mientras el venerable Padre Jerónimo, con los ojos vueltos a lo alto y las manos juntas, en actitud orante, rezaba por las víctimas y por sus matadores.

Levantóse Laline y desbizo un ramo de flores sobre la tumba de su hermano, diciendo:

—¡Flores perennas quisiera dejarte, hermano mío, como símbolo de mi constante recuerdo!

—¡Vamos, Laline!—mandó Roberto queriendo apartar del pensamiento de ella tan tristes recuerdos...

—¿Quieren ustedes visitar las trincheras alemanas?—preguntó el Padre Jerónimo—. Son muy curiosas.

—¡Están muy lejos!—demandó Laline.

—Hay un pascito desde aquí... Les advierto que no estarán en el Hotel para la hora del almuerzo.

—Padre, en la cesta que lleva el señor traemos el nuestro; vamos, el de los tres.

—Entonces...—dijo el Padre Jerónimo frotándose las manos—*procedamus in pace.*



—Oiga, Padre, ¿también estuvo usted en la guerra?—preguntó Laline.

—También, hija, también; pero sin empuñar el fusil. Mi misión era de paz y de consuelo. Recoger a los heridos, prodigarles los primeros cuidados, llevarlos hasta las ambulancias, y sobre todo consolarles en su dolor y darles los socorros espirituales: tal era mi misión.

—¡Cuántas veces habréis visto de cerca la muerte!

—¡Ni recordarlo quiero!

—¡Qué de horrores, Padre!—clamó Laline.

—Algo os pudiera decir el joven—y señaló a Roberto Lúdo—, que según he comprendido combatió en estos parajes.

—Padre, mi imaginación anloquece sólo al pensarlo.

—La imaginación humana—prosiguió el clérigo—no puede expresar con palabras lo que fué esta guerra, la mayor catástrofe que registra la historia del mundo, y que ha segado en flor millones de vidas lozanas de juventud...

En esta conversación—en la que el sacerdote pintó con vivos colores los horrores de la gran conflagración iniciada por una chispa en la Europa oriental y en la que Francia fué la más sacrificada de todas las naciones—llegaron a las trincheras alemanas.

—Estas trincheras—dijo el sacerdote—tienen abrigos a doce y más metros de profundidad. Ocupan el lugar donde hubo antes una cantera de cal, y fueron unas de las últimas que abandonó el enemigo.

Bajó primero Roberto quien ayudó a descender a Laline. El Padre Jerónimo, que habitual-



Bajó primero Roberto quien ayudó a bajar a Laline

mente acompañaba a los visitantes, tenía dispuestos en la entrada de uno de los subterráneos buena cantidad de velones. Tomó una brazada de ellos y después de entregar uno a Roberto y otro a Laline, quienes los encendieron, procesó a ambos en un subterráneo, especie de catacumba sostenida con maderos y soportes de madera. El, como cicero, iba al lado de Roberto dando pertinentes explicaciones, y tras ellos, Laline. Los tres llevaban un velón encendido.

—He aquí una instalación de radio-telegrafía. Aquí una sala de oficiales... Esta era la cocina...

Mientras el clérigo iba mostrándoles las instalaciones de los enemigos, Laline fijóse en un casco alemán colgado en uno de los maderos que sostenían parte de la techumbre a guisa de columna; acercó a él la llama de la vela, y una terrible explosión se produjo. Los tres visitantes fueron derribados y parte del subterráneo se hundió con gran estrépito, cegando completamente la abertura de entrada a la trinchera. El Padre Jerónimo y Roberto volvieron fácilmente en sí. Este volvió a encender el velón y ayudó a levantarse al Padre y entre los dos prestaron los primeros auxilios a Laline. Ninguno de los tres, por fortuna, estaba herido.

—¿Cómo puede haber ocurrido esta explosión?—preguntó Roberto.

—Yo acerqué la luz a un casco alemán...—contestó Laline asustada.

—No es la primera vez que esto sucede—explicó el Padre—. Es un ardido dispuesto por el enemigo para dificultar la persecución en

caso de que tuviere que abandonar la trinchera... era una bomba oculta bajo un casco... Mucho temo que nos sea difícil salir.

—Dios rúo!—clamó Laline desesperada.

—No te alarmes, Laline, estas trincheras suelen tener dos salidas; buscaré la otra. Tú espérate aquí sin moverte.

Roberto, haciéndose luz con el velón, recorrió parte de aquellas galerías subterráneas, sin vislumbrar ninguna salida. Las de aquella trinchera habían sido cegadas por la explosión, y no había posibilidad de salir.

Al volver el joven al lado de la sacerdotita Kingston, quiso disimular su contrariedad con su semblante risueño, para no apenar a la joven. Roberto y el Padre Jerónimo se conjuraron para ocultar a Laline la gravedad de la situación.

¡Horas de angustioso vivir!... Sepultados a doce metros de profundidad aquellos tres seres eran víctimas inocentes de la Gran Guerra al cabo de tres años de terminada: era una de las últimas chispas del gran incendio.

—Nada temas, Laline, voy a limpiar de escombros el pasadizo y pronto podremos salir. Felizmente aquí tenemos picos y palas.

Roberto Lindo y el Padre Jerónimo pusieron a trabajar con entusiasmo; pero fué en vano: al cabo de una hora éste estaba rendido y el primero, aunque trabajó durante tres horas, al fin de ellas no logró ningún resultado; sobre ellos había un espesor de 15 metros de tierra y no era fácil que dos hombres solos pudiesen abrirse una salida. Aquellos tres seres estaban condenados a perecer en aquel





.. posaderas a trabajar con entusiasmo.

sepulcro que les había labrado la saña impía de seres inhumanos.

Extenuados Roberto y el Padre Jerónimo, y abatida Laline, mirábanse consternados. Comprendió el primero que debía levantar el espíritu de sus compañeros y sobre todo de Laline, y propuso levantándose:

—Tenemos la cesta de los almuerzos... Creo que nos hemos ganado la comida.

Sacó de la cesta algunos alimentos y obligó a Laline a comer algo, lo que ella hizo casi a la fuerza.

Llegó la noche, y aunque tal fuera y muy oscura desde que en aquel lugar habían penetrado, el suelo llamó a sus párpados y el antiguo héroe del Marne preparó un lecho a la mujer amada, que pudo reposar unas horas.

Laline no estaba en el Hotel durante el almuerzo y su madre preguntó al empleado del bureau a qué hora había salido.

—La señorita ha salido esta mañana con un joven—respondió el empleado.

—¿Con un joven?

—Sí, han ido al camposanto americano y de paso seguramente habrán ido a visitar las trincheras alemanas.

—¿Están muy lejos?

—No la espere usted para el almuerzo. No está cerca.

La viuda Kingston quedó algo intrigada por lo del joven; pero no se preocupó gran cosa de que no viniera para almorzar. Como buena norteamericana dejaba en perfecta libertad a su hija de salir sola y volver a su casa cuando bien le acomodase. Pero llegó la noche y al no

ver a su hija ya empezó a escantarse. No durmió tranquila y al día siguiente, de mañana, se hizo acompañar para ver al Padre Jerónimo, guardián de la necrópolis americana y guía obligado de los visitantes de las trincheras. Mas hacía veinticuatro horas que el sacerdote había desaparecido.

Dióse aviso a las autoridades y el Prefecto de Reims ordenó hacer pesquisas y se sacó en consecuencia que el Padre Jerónimo había acompañado a dos jóvenes al cementerio americano y de allí a las trincheras. Se ordenó practicar excavaciones en las trincheras, cuyas entradas estaban cegadas. Los diarios publicaron la noticia de la desaparición, en las trincheras alemanas, del bondadoso Padre Jerónimo, de la americana señorita Laline Kingston y de un joven desconocido.

En alas de la prensa la noticia llegó hasta París. La madre de Roberto, la diva Gilda Lindo, recordó que Laline era la americana de quien su hijo estaba enamorado... No había duda, era ella. En su última carta de despedida, le decía a Roberto que partía para Reims... Y el joven desconocido debía ser su hijo. El mismo día a raíz de la salida de París de Laline, había dicho a su madre: «Debo ausentarme durante unos días...» Indudablemente había ido a Reims, con la amada de su corazón... Y ahora se hallaba enterrado a quince metros bajo tierra... Quizás ya muerto... Estos pensamientos cruzaron rápidos por la mente de la artista y, sin más dilación, partió para Reims en el primer tren.

## VI

Cuando Laline despertó, Roberto, pico en mano, trabajaba con ardor, buscando una salida, ayudado por el buen sacerdote, el cual, con una pala, separaba la tierra... Pero ¡tierra!... ¡Siempre la tierra... que parecía reclamar la vida de aquellos tres seres!... Aquellos dos hombres jadeantes, sudorosos, sentían ya el hálito trágico de una muerte espantosa.

Laline fué hacia donde trabajaban sus compañeros de infortunio y preguntó al escultor:

—Roberto, no temas decirme la verdad: ¿hay esperanzas de que salgamos vivos de aquí?

Roberto dejó el pico y fué hacia la joven... El Padre Jerónimo continuaba desenterrando de tierra el pasadizo y los jóvenes se separaron convenientemente de aquél, y se sentaron en un banco de madera.

Contestó el escultor a Laline:

—¿No comprendes, amor mío?... Le pedimos a Dios que nos diese fuerzas para renunciar a nuestra dicha, a nuestra unión, y aquí tienes su respuesta a nuestro ruego: nos encierra juntos en las entrañas de la tierra.

—Tienes razón. Yo me resistía a corresponder a tu amor, porque, por conveniencias de mi madre, me sacrificué, dando palabra de casamiento a un hombre a quien no he amado nunca, y cuando te vi y se encendió mi corazón, no quise faltar a mi palabra dada; y si bien mi alma ardía en deseos de poseerte, quise ir contra los anhelos de mi propio corazón y huir de ti... Pero el Cielo responde a mi re-





— ¡Laline mía! — interrumpió Roberto abrazándola hacia sí y besándola con efusión.

sistencia, enterrándonos en vida... Roberto, te amo con toda mi alma, y desaparecidos los obstáculos que se oponían a nuestra unión, ya que el Cielo nos ha unido, te repito que te amo...

— ¡Laline mía! — interrumpió Roberto abrazándola hacia sí y besándola con efusión—. ¡Ya soy feliz!

— ¡Y yo, Roberto!... ¡Y yo!...

— ¡Allí hay un ministro del Señor, Laline... ¿me quieres por esposo?

— Sí, quiero ser tu esposa.

Levantóse Roberto y fué hacia el sacerdote:

— Padre, venga un momento.

El Padre dejó la pala. Estaba sudoroso.

— ¿Qué me queréis? — preguntó.

— Padre Jerónimo, Laline y yo nos amamos... ¿Quiere usted casarnos?

— Hijos míos, si ustedes se amaa, justo es que Dios bendiga su amor... ¡Pues se ven obligados a vivir en una intimidad tan grande mientras el Cielo sea servido de tenernos enterrados en este sepulcro.

El Padre sacó de su bolso el breviario y delante de los dos jóvenes procedió a la ceremonia.

Roberto, sucio de tierra y de sudor, y en mangas de camisa; y Laline despojada y con el vestido sucio también, escuchaban las preces del ministro.

¡Oh, espectáculo sublime!... ¡Dos almas que se unen en el amor santificado por el sacramento del matrimonio en un lugar donde se respira la muerte!

Cuando el sacerdote preguntó a Laline:

—¿Quiere usted a Roberto Lindo por su legítimo esposo?

Ella contestó en tono enérgico:

—¡Sí, Padre, le quiero!

Y su rostro se transfiguró y una sonrisa apareció en sus labios. Miró a su esposo. A él también le centelleaban los ojos de alegría. En aquel momento ninguno de los dos pensaba en su apurada situación.

Terminada la ceremonia, el ministro pronunció esta sencilla y sublime alocución:

—Y ahora, hijos míos, sirváos de consuelo en la triste situación en que nos hallamos, el saber que la muerte es sólo principio de la otra vida... Y que ya que habéis querido estar unidos, allí lo estaréis por toda una eternidad.

Abrazáronse los nuevos esposos. El banquete de boda consistió en un frugalísimo ágape constituido por parte de los alimentos que para almorzar habían traído del Hotel.

Se apagó el velón para ahorrarse cera y se hizo noche oscura en las galerías, noche que llamaba al descanso... Y el amor alzó en aquel subterráneo morada de la muerte.

Había transcurrido la noche nupcial y llegado el tercer día de cautiverio. Tras un incesante trabajo, ante el temor de ser enterrados en vida, recorrieron los tres cautivos las largas galerías. En un extremo, un pasillo medio cerrado apareció a su vista. Los dos hombres empezaron a cavar con los picos...

—¡Dios haga sea una salida!—impetró Laine.

En aquel momento un desprendimiento de tierra cayó sobre los dos hombres dejándolos sepultados.

Laine dió un grito desgarrador y rápida púsose a escarbar con las manos, logrando al poco tiempo descubrir la cabeza de su esposo.

—¿Dónde está el Padre Jerónimo?—preguntó el escultor.

—¡Está enterrado!...

Y dándoles nuevos alicientos la desesperación que ya bordeaba los límites de la locura. Laine y Roberto, escarbando con ahínco, casi con rabia desesperante, consiguen desenterrar ¡oh dolor!... tan sólo un cuerpo agonizante.

Útil fué cuanto hicieron los novices esposos. A los pocos minutos, el Padre Jerónimo, volviendo sus ojos a lo alto, con una mirada de perdón para los culpables de su muerte, que habían sido los enemigos de su Patria, los cerró a la vida, volando su alma, desde las entrañas de la tierra, a una vida mejor.

—¡Descansa en el Señor, Padre Jerónimo!—pronunció Roberto emocionado—; ¡y obtenednos la libertad o la conformidad con la voluntad de Dios!

Ambos borearon la muerte del buen Padre y honda tristeza atenazó sus espíritus acongojados.

Quedaron largo rato contemplando el cadáver del ejemplar sacerdote que en brazos de la tierra, madre común, quedó dormido.

## VII

La artista Gilda Lindo, madre de Roberto, había llegado a Reims. Supo con facilidad el





*Y alidules nuevos nientes la desaparición que ya do daba los límites de la guerra...*

Hotel donde se hospedaba la madre de la joven norteamericana desaparecida en las trincheras, y a él se dirigió.

La entrevista entre las dos madres fué poco cordial.

—¿Es usted la señora viuda de Kingston?

—Para servir a usted.

—Soy Gilda Lindo, la madre del joven que ha desaparecido con su hija.

—Ignoraba que Laline conociera a su hijo de usted.

—¡Ha hecho más que conocerlo, señora! Su hija ha destrozado el corazón de mi Roberto.

—Señora, tenga en cuenta que mi hija es la prometida de Sir Charlton Chatwyn!

—¡Su hija!—Y la artista con los ojos fuera de las órbitas retrocedió horrorizada.

¡Laline era la prometida del padre de Roberto!

—¡Sí, sí, la prometida de Sir Charlton Chatwyn!

—Bien, bien... ¿Y no se sabe nada de ellos?

—Las brigadas de ingenieros trabajan desde hace cuatro días... Pero las trincheras son de tal extensión... Quizás hayan salido lejos de Reims y hayan quedado extenuados de hambre en algún campo...

—¿Y lo dice usted tan tranquila!

—¿Qué quiere usted que haga?

—Recorrer toda la zona de trincheras en aeroplano... Yo misma me voy a ocupar de ello.

Horas después, un aeroplano ocupado por un piloto y la señora Lindo volaba sobre la zona de trincheras y a poca altura; mas todas las pes-

quisas fueron inútiles. En aquellos mismos instantes Roberto y Laline acababan de elevar sus plegarias al Cielo para que Dios acogiera en su seno el alma del Padre Jerónimo.

Había empezado el quinto día de su estancia en aquel encierro; aunque a ellos siglos se les hiciera. Estaban desconocidos; él, con la harba crecida, sucio de tierra y con el traje estropeado. Ella, toda desgastada, con el vestido arrugado y sin haberse podido lavar desde hacía seis días.

—Querida, vamos a hacer un último esfuerzo. Las provisiones se nos han terminado, los cirios se han consumido todos, menos estos dos. Antes de quedar en una obscuridad eterna, vamos a jugarlos la última carta. Haciendo con el mío tu velón... Así... Ahora sígueme y ten mucho ánimo.

Precediendo él, anduvieron por un largo corredor cuyas paredes eran completamente blancas. Debía ser la antigua cantera de cal. Parecía que aquel corredor era más claro y creyeron que pronto verían la luz del sol... ¡Ilusión!... Aquella claridad era el reflejo producido por las dos luces en las paredes blancas. Y cuando mayor era la confianza que los dos tenían de hallar la salida, Laline oyó el ruido sordo y dió un grito agudo, como un chillido que le salió del alma. Su esposo había desaparecido en un hoyo de una profundidad de cinco a seis metros. Y gritaba desesperada:

—¡Roberto! ¡Roberto!

Miró. Estaba él tendido, sin movimiento, en el fondo de una segunda galería del horno de

cal. A su lado ardía el velón que llevaba al caer.

—¡Roberto!... ¡Roberto!... ¡Dios mío!... ¡Muerto!

Laline dejó en un saliente de la pared el cirio, arrojándose al borde del hoyo, en cuyo fondo yacía su esposo, y juntando las manos, elevó sus ojos al Cielo y sus plegarias al Altísimo. Y en esta posición extática, su silueta se proyectaba en la pared donde parecía dormir el esposo amado.

—¡Roberto!... volvió a llamar mirándole acorralada... ¡Oh!... ¡Se mueve!

—¡Laline!... pronunció Roberto incorporándose penosamente.

—¡Ánimo!... ¡Ánimo, amor mío!—gritaba Laline.

—No fué más que un resbalón, Laline... Estoy en la entrada de la cantera de cal... Espera ahí, voy a ver si hallo la salida.

Se internó por una galería y cuando al cabo de mucho andar quiso volver con su esposa, perdióse en aquel laberinto.

Fué en vano cuanto hizo para hallarla. Y cansada ella de esperar, al cabo de varias horas, determinóse a bajar a la entrada de la cantera, lo que pudo hacer dejándose resbalar por una pendiente, internóse; a su vez, por una galería, mas en una bifurcación tomó la contraria de su esposo y anduvo... anduvo desesperada corriendo, gritando como una loca:

—¡Roberto!... ¡Esposo mío!

Anduvo hasta que los rayos del sol poniente le hirieron en los ojos y cayó desmayada al mismo tiempo que su pecho exhalaba un:

—¡Roberto mío!





Y en este pusilón ovalito, su alma se proyectaba en la parte donde parecía dormitar el pequeño amado.

Quando volvió en sí estaba en su cama del Hotel. Su primera pregunta fué:

—¿Y Roberto?

La misma, seguramente, que se dirigirá el amable lector.

Volvamos a él.

Alocado, jadeante, dando gritos pavorosos cuyos tétricos ecos resonaban en las oscuras galerías como voces infernales que parecían mofarse del desesperado mancocho, al cabo de mucho correr, llamando a su esposa, dió con una salida en la parte norte del campo de trincheras a más de cinco kilómetros del lugar por donde habían entrado varios días antes.

La luna ya había extendido sobre la campiña su manto azul. Mas aquella claridad que llegaba de sopetón a las pupilas de Roberto regó de momento y se tapó los ojos con sus manos.

Al verse libre y recordar que aun quedaba enterrada en aquellas profundidades la mujer amada; su esposa querida; su espíritu se contristó y quiso volver a buscarla; mas cayó como herido por un rayo en la misma entrada de la trinchera.

Había en Reims una pobre viuda, una de las infinitas víctimas de la Gran Guerra que había perdido la razón después de perder a su esposo y a su único hijo.

Vivía en un chamizo, en las afueras de la ciudad; y su lecura consistía en ir todas las noches con un farolillo recorriendo los campos, donde la muerte se había ensuciando, en busca del esposo y del hijo amados.

Al verla curvada, con la cabellera en des-

orden, las pitrafas con que cubría su escuálido cuerpo hechas girones, descalza y con los ojos saliendo de las órbitas, hubiéndose dicho que era una bruja legendaria.

Ea busca iba de los seres amados haciéndose luz con el espolillo de aceite, cuando sus pies tropezaron con un cuerpo inerte.

Aplicó la luz y al irradiar sobre aquel rostro pálido, clamó con voz cascada a la que siguió una carcajada desentonada:

— ¡Hijo mío!... ¡Hijo de mis entrañas!... Arrodilóse y lo besó con delirio de locura.

— ¡Ven a mis brazos, hijo mío!... ¡Ven!

Cargó aquel cuerpo sobre sus espaldas y atrastóse con aquella preciosa carga hasta su desmantelada choza. Lo recostó sobre su pobre lecho y abrazándole le acariciaba sonriente.

Cuando Roberto volvió en sí y se vió en brazos de aquella mujer creyóse presa de una pesadilla... Sus primeras palabras fueron:

— ¡Y Laline?

La pobre loca creía tener en su poder al hijo querido y le preparó una tisana.

Aquella bebida le reanimó; pero estaba abatidísimo y tardó varios días en recobrar sus fuerzas. La pobre vieja no se movía de día ni de noche del lado del enfermo, quien sólo le preguntaba por Laline.

— No sufras, hijito... calla... no nombres a esa Laline, que tal vez murió... acuérdate sólo de mí... acuérdate de mí, que soy tu madre.

Comprendía Roberto que aquella mujer no estaba en sus cabales y quiso incorporarse, mas no pudo. La fiebre lo tenía crucificado en aquella choza.

Pasaron ocho días sin que nadie supiera el



Lo recostó sobre su pobre lecho y abrazándole, le acariciaba sonriente.



paradero del escultor. Todos le creyeron muerto. Su madre le lloró y Laline con lágrimas de sangre.

## VIII

—¡Roberto!... ¡Amor mío!... ¿Dónde estás?

Tales fueron las palabras de Laline al despertarse aquel día. A su lado, su madre, radiante de alegría, acaricia a la hija amada... El médico ha asegurado que su organismo está en perfecto estado y que pronto podrá levantarse. Creyendo causarle una alegría, la viuda Kingston le anuncia una, para ella, buena nueva:

—¿No sabes Laline?... Hemos recibido un telegrama de Sir Charlton Chetwyn...

—¿Cómo!... ¿Llega?— preguntó la hija fuera de sí.

—Llegará a principios del próximo mes.

—¡Horror!

—¿Qué dices?

Laline explicó a su madre la tragedia de las trincheras sin olvidar ningún detalle.

—Mamá, no hubo más remedio. Cuanto más cavábamos, mayor era la cantidad de tierra que amenazaba sepultarnos... Al fin perdimos toda esperanza de escapar... ¡Ibamos a morir!... Al menos así lo creíamos nosotros... El Padre Jerónimo nos salvó.

—¿Qué locura!... ¿Pero tú sabes lo que habéis hecho?

—Sí, sí; lo sé: nos casamos. No hice más que seguir los impulsos de mi corazón al cum-

plir con mi deber... Yo amaba a Roberto y aborrecí a Sir Charlton...

—¡De nuevo arruinada por tu ligereza!... Dios mío, ¿qué va a ser de nosotras?... Mira, Laline, todo se puede arreglar... Roberto ha parecido en las trincheras...

—¡Pobre Roberto mío!

—No hables de él para nada a Sir Charlton y...

—A Sir Charlton le diré la verdad, toda la verdad... Roberto es mi esposo... Si está vivo sólo será de él; si muerto, soy la viuda de Lindo y no quiero ser de ningún hombre ya que fui de él.

A medida que van transcurriendo los días, la señora viuda de Kingston convence a Laline ya restablecida, de que su esposo ha muerto y la aleja del lugar en donde la señora Lindo queda esperando contra toda esperanza.

Marchan a París y de allí a Inglaterra, donde la antigua Abadía de Chetwyn ofrece de nuevo amparo a la señora Kingston, quien condujo allí astutamente a su hija, ávida aquélla de anticipar el matrimonio proyectado entre ésta y Sir Charlton.

Laline está tristísima porque a la pena de la muerte de su esposo se une la que le causa la idea fija de su madre de casarla con Sir Charlton.

Recibióse en la Abadía un telegrama concebido en estos términos:

*Llegaré mañana por la tarde.*—Chetwyn.

Este parte alegró a la madre y entristeció a la hija, cuya diaria palestra era siempre la misma.

—Mamá, es preciso que nos vayamos de

aquí enseguida, antes que llegue Sir Charlton.

—El único camino que te queda para salvarte del des-honor, es Sir Charlton.

—¿Qué deshonra hay en lo que sucede?... Yo me casé legal y legítimamente con Roberto... y voy a ser madre... Mi hijo llevará el nombre de su padre legítimo.

—Tu marido ha muerto; el sacerdote que bendijo el matrimonio murió también... No queda ni un mal testigo...

—Queda mi conciencia que me abona y... ¡basta!... No debo avergonzarme de nada.

—¿Cómo probarás lo que aseguras?... ¿quién te creerá?

—Tú, mamá, debes ser la primera en creerme; tú que me conoces; tú que sabes que he quedado encerrada viva con el hombre a quien amaba y con el santo varón que nos casó.

—Nadie podrá creerte, porque yo, que soy tu madre, no creo lo que me aseguras!

—¡Mamá, no me injuries!

V Laline echó a llorar.

—¿Te casarás con Sir Charlton o me obligarás a divulgar tu ignominia!

—No me casaré, porque no debo casarme! ¡Obra como quieras!

## IX

Llegó Sir Charlton. Laline estaba en su habitación sentada en los pies de la cama con la cabeza apoyada en el marco de la misma, cuando entró aquél acompañado por la madre de ésta.

—Sir Charlton—dijo la viuda Kingston—yo les dejo:



Laline estaba en su habitación sentada a los pies de la cama...





Y salió dejando solos al pretendiente y a la viuda de Lindo.

—Señorita Laline, ese vestido es de riguroso luto y no es el más conveniente para recibirme: ni el vestido ni la tristeza que ensombrece su rostro.

—Sir Charlton, necesito hablar con usted.

—¿Qué pasa?

—No puedo casarme con usted.

—¿Cómo?...

—Durante su permanencia en Egipto me he casado con el hombre a quien realmente amaba.

—¿Quién es ese hombre?... ¿Dónde está?

—¡Ha muerto!

—¿Por qué no me escribió usted avisándome lo que pasaba?

—Mamá me lo impidió... Pero ahora es preciso que lo sepa todo... ¡es preciso!... ¡Soy madre!

—Laline, permítame le diga que eso no impide que se case conmigo... Yo quiero ofrecerle a usted y a su hijo mi nombre y mi amor.

—¡Gracias!... ¡He jurado no volverme a casar!

Abrióse la estancia donde hablaban y una voz varonil pronunció:

—¡Laline!

La nombrada retrocedió como espantada. Sir Charlton reconoció a su hijo. Sí, era el mismo que tres meses antes había visto entrar en el camerino de Gilda.



## X

Retrocedamos. Restablecido Roberto en la choza de la loca y dispuesto a volver al Hotel, dió las gracias a la pobre mujer con acentos de reconocimiento abrazándola cariñosamente. Este abrazo hizo recobrar la razón a la pobre mujer.

No hay para qué ponderar la alegría de la señora Lindo al volver a hallar a su hijo; poco faltó para que ella, la verdadera madre, perdiera la razón recordada por la madre fingida.

Roberto, con la barba crecida, estaba desconocido.

Su primer cuidado fué preguntar por Laline.

—Laline, hijo mío, marchó de aquí; casi desapareció.

—Yo sabré dónde para: es mi esposa y quiero saber que vive.

—Sólo sé, hijo mío, que ha ido a Inglaterra acompañada de su madre.

—¿A Inglaterra?

—Sí, sí; debo decirlo todo. Cuando llegué aquí supe por boca de la señora Kingston que su hija Laline era la prometida de un potentado inglés... Y seguramente ahora que te creen muerto.

—No, mamá, Laline es incapaz de cometer esa villanía.

—Ella no, pero su madre es capaz de obligarla a todo.

—¿Dónde mora ese caballero? ... Quiero impedir esa locura.

—No te sulfures, hijo mío. Yo te lo expi-



Roberto Lindo

FRANK MAYO



caré todo. Escúchame. Voy a hacerte una revelación; pero quiero que la recibas con calma.

—¿Habla mamá.

—Yo siempre te había dicho que tu padre había muerto; pero te he engañado.

—¿Vive mi padre?... Lo adivinaba por el solo hecho de llevar yo tu apellido... ¿quién es?

—Se llama Sir Charlton Chetwyn.

—¿Inglés?

—Inglés, y este Sir Charlton Chetwyn era el prometido de la mujer que hoy es tu esposa.

—¡Horror!

Roberto quedó un momento ensimismado; pero se repuso y dijo a su madre:

—Mamá, es preciso que voltemos a Inglaterra para oponernos a que la señora Kingston obligue a su hijo a cometer esa barbaridad... Laline está casada legítimamente.

—Sí, hijo mío, te acompañaré a casa de Sir Charlton.

Voló Roberto, en compañía de su madre, a la Abadía de Chetwyn donde le hemos visto presentarse de improvviso, y donde su padre le recibió.

—Laline, esposa mía!—exclamó Roberto abrazándose a su esposa.

Sir Charlton lo comprendió todo y dijo solemnemente:

—¡Roberto, hijo mío!... Dios al castigarne me alumina con su misericordia infinita, señalándome de nuevo el verdadero camino de mi vida... ¿Dónde está tu madre?

—Ha venido conmigo.

—Dila que entre.

—Aquí estoy—dijo Gilda Lindo entrando.

—Vea a mis brazos, esposa mía—clamó Chetwyn abrazándola.

—¡Si hubieses pensado así hace veinte años!

—Nunca es tarde cuando llega, Gilda; sufriré una equivocación que ahora voy a reparar con creces. Tú volverás a ser la señora Chetwyn; en cuanto a nuestros hijos—y señaló a Roberto y Laline—, les cedaremos este castillo de Chetwyn, y nosotros iremos a vivir a Londres.

Laline dijo una palabra al oído de Roberto.

—¿De veras, Laline? ¡Qué alegría!  
Dios los oyó!

PIN

Próximo número: día 23 de diciembre

# Locura de Juventud

Drama de amor y desengaño



Creación de la embaente

MARY CARR

Milfred Harris

y

Charles Emmet

Postal: MIA MAY

25 cénts.



# BIBLIOTECA FILMS

EL IDEAL DE LOS AFICIONADOS

## SELECCIÓN

### **ROSITA**

**La voz de la mujer**

**La Rosa de Flandes** (Agotado)

**¿Dónde estás hijo mío?**

**La brecha del infierno**

### **MESALINA**

**Los Nibelungos** (Agotado)

(Sigfrido)

### **KOENIGSMARK**

**En las ruinas de Reims**

BIBLIOTECA FILMS  
aparece todos  
los martes  
en toda España

**TÍTULOS  
DE LA  
SUPREMACIA**

Las novelas de  
los más grandes  
filmes que publi-  
camos, y a lo  
cuestan 30 cts.